

Cara beldad. Un pensamiento original en Leopardi y Giussani

Diálogo con Davide Prospero, presidente de la Fraternidad de CL
Encuentro organizado por el Centro Cultural Giacomo Leopardi de Recanati
(Recanati, 23 de marzo de 2024)

Buenas noches a todos.

Me gustaría empezar dando las gracias al Centro Cultural Giacomo Leopardi por invitarme a participar esta noche. También doy las gracias al alcalde de Recanati, por apoyar dicha invitación de tal modo que era imposible negarse... También le agradezco su presencia esta noche. Gracias de verdad. Y gracias naturalmente a todos los presentes.

Debo admitir que he reflexionado mucho antes de aceptar esta invitación. Venir a hablar de Giacomo Leopardi aquí, a Recanati, y justamente en esta Aula Magna donde han intervenido muchos de los grandes literatos de nuestra historia –entre ellos, me han dicho, también Giosuè Carducci– es algo que hace que realmente te tiemblen las piernas. Creo que no sería tarea fácil ni para el más experto en Leopardi, así que imaginaos para un profesor de bioquímica... Añadiendo además en mi caso que me han invitado como responsable actual del movimiento de CL, por lo que resulta inevitable evocar el hecho de que justo aquí, en 1982, don Giussani dio una lección memorable sobre Leopardi, que imagino que muchos de vosotros conocéis. En esa ocasión Giussani empezaba así: «Hace muchos años me habría parecido un sueño hablar de Giacomo Leopardi en Recanati, ahora en cambio me parece una humillación»¹. Comprenderéis que si para don Giussani era una «humillación» hablar aquí del poeta que tanto quería, por el significado y el papel que misteriosamente tuvo en su vocación –al menos así lo contaba él mismo–, podéis imaginar cómo me he sentido yo al recibir esta propuesta de los amigos del Centro cultural Giacomo Leopardi, del que entre otras cosas he sabido que su primer socio fue el propio Giussani.

El mensaje que recibí del alcalde, aparte de la broma de antes, influyó sin duda favorablemente en mi decisión. Pero diría que lo más determinante ha sido sobre todo la relación de amistad que me une a las personas del Centro cultural Leopardi: Mario, Stefania, Milena [su presidenta y moderadora esta noche], los dos Robertos, Irene, Caterina y otros. Pienso especialmente en el encuentro con ellos este verano en el Meeting de Rímini, al término del cual me regalaron una copia de los apuntes escritos por Leopardi de su puño y letra durante la redacción de *A su dama*. En resumen, lo mío es una “humillación” mil veces, millones de veces superior a la que sentiría Giussani estando aquí, pero al mismo tiempo puedo decir que he aceptado en nombre de la misma amistad que le trajo a él a dar su testimonio. En la medida de mis posibilidades, yo también intentaré testimoniar lo que ha significado para mí y para muchos de nosotros en Comunión y Liberación escuchar y comprender lo que Giussani dijo aquí en 1982.

Lo haré intentado presentaros las razones de esa pasión infinita que primero don Giussani y luego el movimiento han tenido siempre por Leopardi, y las razones por las que esa pasión sigue siendo tan viva y actual en la vida cotidiana de todos nosotros. Intentaré recordar y redescubrir cómo en don Giussani, identificándose con el gran poeta, fue arraigando cada vez más la certeza del Amor misericordioso de Cristo como respuesta al grito del corazón «errante» de cada hombre, y cómo esto llegó a ser una experiencia decisiva en mi vida y en la de muchos amigos no solo dentro de CL.

¹ G. Leopardi, *Cara beltà...*, BUR, Milán 2010, p. 7.

Para seguir más fácilmente el discurso he dividido mi intervención en cinco puntos más un sexto a modo de conclusión.

1) Una pregunta infinita

Lo primero que quiero subrayar se refiere a cómo empezó todo, qué sucede en don Giussani cuando lee a Leopardi en el instituto. Escribe Alberto Savorana en la biografía *Luigi Giussani. Su vida*: «Aquel muchacho de trece-catorce años descubrió una extraña afinidad con las preguntas y las inquietudes del Leopardi que, a los trece años, escribía tragedias, y a los catorce había redactado ya un catálogo de sus composiciones italianas y latinas. En él pareció haber identificado a un interlocutor adecuado a lo que él sentía en su corazón y que quizá no había encontrado todavía entre los muros de San Pedro Mártir, en Seveso [el seminario donde estudiaba Giussani]. Leopardi se convirtió en su compañero de camino, el referente invisible al que Giussani quería replicar, acogiendo sus interrogantes y presentándoles una alternativa radical»².

El primer aspecto que llamó la atención de Giussani, y que para mí también fue el primer punto decisivo de confrontación con Leopardi, es esa sensación tan aguda de desproporción que el poeta percibía entre la capacidad de su alma, entre el alcance de ese deseo inscrito originariamente en el corazón humano y la respuesta de la naturaleza, de la vida y de la historia, jamás satisfactoria en cuanto efímera y precaria. En su famoso poema *La noche del día de fiesta*, Leopardi describe una experiencia que todos podemos reconocer como algo familiar, ese malestar que nos invade a veces después de una jornada festiva o cuando vivimos una experiencia especialmente satisfactoria (un éxito laboral, una aventura que vivimos con nuestros seres queridos, una jornada de paz y alegría en casa, al acabar unas vacaciones preciosas o después de una velada con amigos...), en definitiva, cuando nos damos cuenta de que al día siguiente volveremos a sumergirnos de nuevo en la rutina, tan árida a veces por costumbre. Es el canto de un artesano que vuelve a casa tras su descanso dominical y abre en el corazón de Leopardi la dolorosa conciencia de que todo en la vida está destinado a acabarse:

«[...] Y el corazón se oprime duramente
pensando cómo va pasando el mundo
sin dejar casi huella. Ya ha huido
el día festivo al que habrá de seguir
el día vulgar, y así se lleva el tiempo
los hechos de los hombres»³.

Por eso Leopardi trata en muchas de sus poesías de manera admirable el tema de la nostalgia de la juventud, el tiempo de las promesas y las esperanzas, el tiempo (que es un tiempo, más que cronológico, psicológico) de la espera, destinado inexorablemente no solo a desvanecerse, sino a quedar vencido y superado. Porque todo en el mundo pasa: a nuestro corazón que pide eternidad el mundo solo sabe ofrecerle bienes de consumo. Esa percepción profunda de la decadencia de las cosas adopta casi inmediatamente en su conciencia un alcance más amplio, abriendo una pregunta aún más radical: ¿qué es lo que perdura verdaderamente en el mundo y en la historia? Y entonces, inevitablemente: ¿qué queda de nuestra vida?

Tanto es así que el llamado “mal de vivir” –la enfermedad de nuestro tiempo– que a veces surge con el paso de los años suele tener esta raíz (se le pueden atribuir muchas formas

² A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 63.

³ G. Leopardi, «La noche del día de fiesta», vv. 30-35, en *Cantos seleccionados*, Encuentro, Madrid 2016, p. 85.

diversas pero la raíz es esta): una insatisfacción que esconde la decadencia de una espera cargada de esperanza que define el alma cuando es joven.

2) El aburrimiento y un universo que no basta

Pero Leopardi no es simplemente un pesimista radical, como a algunos les gustaría presentarlo para no medirse con el desafío existencial que impone su obra. El sentimiento de la precariedad de las cosas y de la fragilidad del hombre coexiste en efecto con la maravilla ante el «misterio eterno / de la existencia»⁴, como escribirá Leopardi en otro poema (*Sobre el retrato de una bella mujer*), porque el hombre, esa nada, es precisamente un misterio eterno (y hasta tal punto es así que muchas veces somos un misterio para nosotros mismos). El hombre es un misterio. En efecto, con toda su miseria y fragilidad es al mismo tiempo imagen del cielo, capaz de pensamientos y sentimientos excelsos, capaz de pensar y desear el infinito. Es interesante señalar, como hizo Giussani, que Leopardi capta esa grandeza humana partiendo, paradójicamente, de la experiencia del aburrimiento. El aburrimiento asume en él una acepción positiva, en el sentido de que es revelador de la grandeza del hombre. Escribe en su *Pensamiento 68*:

«El aburrimiento es en cierto modo el más sublime de los sentimientos humanos. [...] No poder estar satisfecho por cosa terrena. Ni siquiera por el mundo entero. Considerar la inmensidad inabarcable del espacio, el número y la mole de estrellas y encontrar que todo es poco, pequeño para la capacidad del alma. Imaginar el número de mundos infinitos y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son más grandes que el universo; y acusar siempre la insuficiencia y nulidad de las cosas, y padecer carencia, vacío y aburrimiento, pareceme el mayor signo de grandeza y de nobleza que se puede ver en la naturaleza humana. Por eso el aburrimiento es raramente conocido por los hombres de poco valor y casi nunca por los animales»⁵.

El aburrimiento es la expresión de la percepción profundamente humana de que ni siquiera el universo entero bastaría para colmar ese agujero, esa sed, esa búsqueda de correspondencia que llevamos en el corazón. Porque solo una es la medida adecuada al corazón humano: el infinito, es decir, la des-medida.

Pero se trata de un sentimiento desconocido, como afirma el propio Leopardi, para «los hombres de poco valor». El hombre que esconde y ahoga ese deseo de infinito, el hombre que se conforma, es por tanto un hombre de poca monta, no es verdaderamente hombre. Es algo que sucede en todos los tiempos, pues el contexto que nos rodea, el poder y los intereses que dominan la sociedad y la cultura, pero también una inclinación a la superficialidad y a la pereza, una tentación de buscar atajos, contribuyen a apagar ese deseo. Nos vemos empujados incluso contra nuestra voluntad, contra nuestra naturaleza originaria, a conformarnos, a aturdir el grito infinito del corazón corriendo a aferrar cosas pequeñas.

3) ¿Y yo qué soy?

Siempre he considerado positivo en la lectura de Leopardi cómo percibe la naturaleza, en especial su belleza, cargada de significado, como una imagen de ese infinito que anhela el corazón humano. Como escribe en su famosa poesía *El infinito*, que solo me permito mencionar brevemente por una conversación con algunos amigos más expertos que yo. Me refiero al seto que limita su visión del horizonte y que el poeta define como «caro».

⁴ G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», vv. 22-23, en *Cantos seleccionados...*, op. cit., p. 144.

⁵ G. Leopardi, «Pensamientos», LXVIII, en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1979, pp. 465-466.

¿Por qué habría que mirar en positivo un límite, un impedimento? Esta paradoja, que caracterizó la propia vida del poeta, es posible por la conciencia de que ese mismo límite puede ser la ocasión de dilatar mente y corazón, de descubrir hasta qué punto el propio deseo está determinado por una tensión inexorable que va más allá del seto, en busca de «interminables espacios», de «sobrehumanos silencios» y de «una quietud hondísima». Hasta que llega a un punto en que el corazón vibra, casi de miedo, al percibir su extraordinaria capacidad, su inteligencia –del corazón– al intuir que ese seto no lo es todo, que no estamos hechos para ese seto, que es una metáfora de todos nuestros límites y derrotas, que estamos hechos para algo que está más allá. Como cuando uno se enamora y de pronto experimenta con temblor que una fuerza le invade, una atracción, una energía que nunca se habría imaginado. Es la realidad concreta, el susurro de las hojas, con toda su fragilidad, lo que le suscita esta tensión que le lleva a desear la realidad, la presencia de ese más allá – «Y me acuerdo de lo eterno». Tanto que se hace deseable perderse en ese mar, abandonarse al abrazo de esa dimensión infinita, eterna, como describe Leopardi con esa potente expresión final del «dulce naufragar».

Sin embargo, como decía, en Leopardi también convive la percepción de la naturaleza como «madrastra», madre cruel que suscita en el hombre una esperanza que luego no cumple, que defrauda. Como cuando dedica sus versos a una joven muerta a causa de la tuberculosis, *A Silvia*. Versos en los que estalla ese grito ante el aparente engaño de la naturaleza:

«[...] Oh naturaleza, naturaleza,
¿por qué no me devuelves todo aquello
que entonces prometiste? ¿Por qué tanto
engañas a tus hijos?»⁶

Es muy fácil identificarse con esta decepción. La vida parece prometernos la belleza, el amor, y luego nos arranca las cosas más queridas. ¿Es que el único bien es la esperanza de un devenir feliz pero indefinido que luego la realidad se empeña en destruir? ¿Acaso la vida no es más que una ilusión, una desgracia? Habría que hacerse esta pregunta con Leopardi, pensando en tantos casos de dolor y sufrimiento, decepción y derrota que marcan la vida de muchos de nosotros y de nuestros amigos, y que parecen dominar en tantos lugares del mundo sacudidos por la guerra y la persecución. Esta potente pregunta por el sentido –que emerge con más potencia cuando mayor es el bien que se vislumbra pero que luego parece imposible de cumplirse– emerge de forma clamorosa en una de sus composiciones más conocidas, el *Canto nocturno de un pastor errante de Asia*:

«[...] o cuando veo
arder allá en el cielo las estrellas,
pensativo me digo:
¿Para qué tantas estrellas?
¿Qué hace el aire infinito, la profunda
serenidad sin fin? ¿Qué significa esta
inmensa soledad? ¿Y yo qué soy?»⁷

¿Y yo qué soy? Una vez me señalaron que aquí Leopardi no dice «quién», sino «qué». Ciertamente, ese «qué soy» remite a la materialidad, Leopardi era un materialista pero, y

⁶ G. Leopardi, «A Silvia», vv. 36-39, en *Cantos seleccionados...*, op. cit., p. 100.

⁷ G. Leopardi, «Canto nocturno de un pastor errante de Asia», vv. 84-89, en *Cantos seleccionados...*, op. cit., p. 112.

aquí reside la potencia de su poesía, este «qué soy» también se puede interpretar como si dijera: yo sé quién soy, cada uno podría decir quién es, ¿pero qué soy yo en esencia, en mi naturaleza más profunda? El poema acaba con una amarga constatación: «Es funesto a quien nace el nacimiento»⁸. Pero esa amargura no degrada la potencia de la pregunta ni de su búsqueda, al contrario, agudiza su urgencia y responsabilidad.

Son muchas y evidentes las coincidencias con los fundamentos de la propuesta educativa de Giussani. *El sentido religioso*, que es su libro más conocido, contiene toda esta dinámica. Cito: «Cuanto más se adentra uno en el intento de responder a esas preguntas, mejor percibe su fuerza y más descubre su propia desproporción con la respuesta total»⁹. Las preguntas sobre el sentido de la vida, las mismas preguntas del pastor errante de Asia, se desvelan inagotables. La razón es sed de una respuesta que se le escapa, que no consigue aferrar. Ese es el «misterio eterno de la existencia» al que se refiere Leopardi.

4) Pregunta como apertura a Otro

La fuerza de la propuesta radical que hace Giussani del cristianismo, partiendo de las invitaciones de los versos de su «amigo» Leopardi, reside en que ese «misterio», que lleva dentro la herida de un corazón defraudado o traicionado por la realidad, y que carga con ese aburrimiento que decíamos, se convierte en un factor de iniciativa, de relanzamiento, podríamos decir de movimiento. Giussani siempre nos animó a no regodearnos en nuestra herida. De hecho, la pregunta como eje estructural de la persona se vacía cuando falta la categoría más elevada de la razón humana, que es la categoría de posibilidad. Posibilidad de una respuesta. Si el corazón sigue siendo el motor fundamental que nos mueve a construir en la vida, el riesgo que corremos es el de caer en lo que don Giussani llama, en *El sentido religioso*, «la evasión estética o sentimental»¹⁰ de las preguntas últimas. Creo que este es un punto crítico sobre todo del hombre actual, perdido en la ilusión de una estética como fin en sí misma. Como si mi pregunta por el sentido pudiera obtener gusto y significado por sí misma (¡cómo nos enseña precisamente Leopardi que eso es una gran ilusión!) y no en una relación con un Tú, con otro, del que esa pregunta expresa de hecho una inmensa nostalgia. En este sentido, el problema de hoy no es tanto la negación teórica de la respuesta, sino el hecho de que ya no interesa, no es objeto de nuestra acción ni de nuestra búsqueda. Es más bien la esperanza de una respuesta que mantenga viva la pregunta. Si se niega a priori la posibilidad de este Tú, lo humano se debilita, la percepción de uno mismo se vuelve frágil. Se trata, como dice Giussani, de una «aspiración imposible». Hay una aspiración en mí, pero es imposible realizarla y por tanto «no, no hay esperanza», como si la naturaleza nos empujara hacia algo imposible. Pero «este “no hay esperanza” es evidentemente una opción, una elección»¹¹, que no da razón de todos los factores en juego. A este respecto, el papa Francisco escribe en el prólogo de la última edición de *El sentido religioso*: «Yo me atrevo a decir que hoy día la cuestión que más tenemos que encarar no es tanto el problema de Dios, la existencia de Dios, el conocimiento de Dios, sino el problema del hombre, el conocimiento del hombre y encontrar en el mismo hombre las huellas que dejó Dios para encontrarse con él»¹².

Incluso la negación –como es evidente en Leopardi– si se vive de manera auténtica, es decir, como conciencia del propio límite, puede testimoniar la expresión última, definitiva, del deseo de una respuesta que nos venga desde fuera. «Un imprevisto / es la

⁸ *Ibidem*, v. 143, p. 114.

⁹ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2023, p. 89.

¹⁰ *Ibidem*, p. 121.

¹¹ *Ibidem*, p. 126.

¹² *Ibidem*, p. 12.

única esperanza»¹³, decía Eugenio Montale. Leopardi niega y se niega que pueda haber respuesta, pero al decirlo desvela que de hecho es imposible negar definitivamente esa hipótesis por la estructura misma del corazón humano. En este sentido es preciosa la cuarta parte del *Canto nocturno* donde Leopardi intuye que la luna («doncella inmortal»: signo de lo que trasciende el horizonte humano y terrenal) conoce el sentido del mundo entero y de la existencia, el sentido último de nuestro vivir y sufrir: «Mil cosas sabes». Ante esta percepción, apunta Giussani que hay dos hipótesis: «O las cosas no se producen por sí solas, y están hechas por Otro, o son ilusiones y, por tanto, nada»¹⁴.

5) La Belleza con mayúscula

Don Giussani vislumbra una respuesta a este dilema en la lectura del poema *A su dama*. Leopardi se convierte así en un amigo que le revela, digamos que “inconscientemente”, algo a lo que Giussani dedicará toda su vida. Yo diría que lo mejor es oírse lo explicar de viva voz en el encuentro que tuvo aquí en 1982:

[VIDEO GIUSSANI: “A su dama”, Recanati, 1982](#)

[minuto 46:44 a 55:30]

Así es la estructura del corazón humano que espera inexorablemente. Debe existir una Beldad así –una Belleza capaz de satisfacer plenamente esa espera– en alguna parte, tarde o temprano tendrá que llegar. Si no a nosotros, a los que vengan después de nosotros. Es como leer las palabras de los antiguos profetas del pueblo elegido. Pero que esa oportunidad se ofrezca a otros no es consuelo, no puede serlo. La frustración resulta aún más trágica por haberla deseado tanto desde la primera juventud.

«Ya no tengo esperanza
de contemplarte viva»¹⁵

Leopardi sigue siendo el «fatigado labrador» que se sienta en el campo de trabajo y se lamenta del «error juvenil» que lo abandona, buscando saciar su sed tan solo en la imagen de la Belleza, sin poder tenerla como compañera viva de su camino humano. Pero el lector comprende inmediatamente que este ceder a una frustración desesperada no lo es todo. Leopardi no logra conformarse ni saciarse con la imagen de la felicidad. Por lejana que resulte a su experiencia de satisfacción, esa Belleza es una presencia real, más real de lo que es para muchos que creen poseerla. Como hemos oído potentemente en las palabras de don Giussani, solo se puede dirigir un canto de oración a una presencia a la que puedes decir Tú:

«De aquí, donde la edad es breve, ingrata,
recibe el himno de este ignoto amante»¹⁶

Vuelvo a citar aquí la biografía de Giussani escrita por Savorana. «“El ‘no’ de Leopardi deja indemne el interrogante que hace que el hombre se levante cada mañana, porque cada mañana nos levantamos llevando dentro ese ‘aguijón casi clavado, así que nunca he estado tan lejos de hallar paz o espacio’”. Y también: “Por ello, al intuir en la experiencia no solo el rostro bello de la mujer, sino también que esta no sería tan bella si no existiese

¹³ E. Montale, «Antes del viaje», en *Satura*, Icaria, Barcelona 2000, p. 141.

¹⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 127.

¹⁵ G. Leopardi, «A su dama», vv. 12-13, en *Cantos seleccionados...*, op. cit., p. 96.

¹⁶ *Ibidem*, vv. 54-55, p. 98.

la Belleza, [Leopardi] se pregunta: ‘Si este rostro es bello, ¿cómo será *la Belleza?*’», con mayúscula. «Esta pregunta está *dentro* de la experiencia. [...] Es un interrogante que señala la existencia del misterio, de una realidad distinta que no podemos comprender»¹⁷. Añado una breve consideración sobre esa imagen del «aguijón casi clavado». Esa sensación de tener un vacío dentro que hay que llenar cada mañana, continuamente, es una experiencia muy concreta y común también para los creyentes. Pienso en las palabras de *Al mattino*, uno de los cantos preferidos de Giussani y del movimiento, escrito por Adriana Mascagni, que es una auténtica oración: «Por la mañana, Señor, mi cántaro está vacío en la fuente, y en el aire que vibra y transluce sé que puedes enaltecerme, Señor»¹⁸. El vacío que sentimos, que siente el hombre, es como un presentimiento de lo verdadero. Es el espacio, como dice san Pablo, que hay que redescubrir dentro de uno mismo para que Alguien lo pueda colmar. No hay diferencias de edad, procedencia o condición social que puedan ahorrarle al hombre esta experiencia sobrecogedora, pero en los jóvenes en concreto este “deseo de infinito” tiene una fuerza disruptiva. De hecho, es en este punto donde Giussani empezó todo, encontrándose con los jóvenes y provocando justamente este deseo suyo.

Permitidme citar aquí a mi amigo Franco Nembrini, que el año pasado dio la lección de Cuaresma en la diócesis de Roma recorriendo precisamente este itinerario de Leopardi. En esa ocasión, entre otras cosas, dijo: «¡Qué grandeza debe tener un hombre [se refiere a Leopardi] para llegar a negar con la razón y al mismo tiempo afirmar con el corazón la presencia del Señor! (...) La fuerza moral de Leopardi logra mantener firme el deseo incesante de una relación con lo trascendente. Él está convencido de que en cualquier parte se esconde el objeto de su amor. Aún no lo ha encontrado, no lo ha experimentado. Al menos hasta ahora. Sin embargo, aunque no ha tenido una experiencia directa, jura que la Belleza infinita existe, y la llama *su dama* –de ahí el título del poema–, la única mujer a la que merece la pena amar»¹⁹.

6) Conclusión. La fe y la morada

Para terminar me gustaría volver a mi experiencia personal de “desproporción” al pensar en venir aquí esta noche como os contaba al principio. De hecho, hacía una especie de analogía –que sin duda es arriesgada pero os pido que seáis indulgentes– entre mi experiencia de desproporción y la que Leopardi describe tan admirablemente en su obra. La desproporción entre lo que el hombre siente y desea en el impacto con la realidad, entre el dinamismo inagotable de su corazón y lo que el corazón es capaz de comprender de esa realidad carnal, lo que capta de su verdadero significado, el nexo con el Misterio del que es signo.

Giussani concluye su intervención sobre Leopardi aquí en 1982 diciendo: «Cuando hablo con mis amigos siempre digo que Leopardi no se encontró con ningún amigo que le hiciera fácil o más fácil esta observación que –perdonad– es obvia». Se refiere al hecho de que el punto más alto de la razón es el corazón, es decir, ese grito cargado de una pregunta que anhela un significado, la necesidad de una Verdad que perdure y que en cierto modo Leopardi profetiza en *A su dama*. «Por ello, [continúa Giussani] Leopardi [...] siempre huyó lejos de su corazón, de ese corazón que es la razón. Tal vez, por decirlo todo, a Leopardi, que tenía un sentido ético muy fuerte en ciertos ámbitos, le faltó un último atisbo de ánimo, y es ahí donde resultó frágil, hasta éticamente. Lo pensaba al volver a leer esta frase del diario de Kafka: “No hay que rendirse, aunque la salvación no llegue, quiero ser digno de ella en todo momento”. Es una obediencia al “velad” del

¹⁷ A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, op. cit., p. 65.

¹⁸ *Cancionero*, p. 291.

¹⁹ Cf. F. Nembrini, *Che c'è d'allegro in questo maledetto paese?*, Tau editrice, Todi (PG) 2023, p. 230.

evangelio. Tal vez Leopardi no encontró una amistad que fuera suficiente, que lo alentara hasta ese punto»²⁰.

Debo decir que personalmente siempre me ha llamado la atención este juicio de Giussani porque no puedo dejar de reconocer con conmovida gratitud que, gracias a ese encuentro entre la genialidad profética de Leopardi y don Giussani, yo he recibido, y conmigo muchos de nosotros, la Gracia de encontrar una amistad así, una amistad que nos enseña a abrir de par en par nuestra razón para acoger la respuesta. Indicando un camino. ¿De qué camino se trata? Al terminar una discusión precisamente sobre Leopardi, en un diálogo con laicos consagrados de CL, don Giussani decía: «Lo más importante que he dicho en toda mi vida [lo dice así literalmente: ¡lo más importante!] es que Dios, el Misterio, se ha revelado, se ha manifestado a los hombres hasta el punto de hacerse objeto de nuestra experiencia. El Misterio se vuelve incluso objeto de nuestra experiencia; se hace objeto de nuestra experiencia identificándose con un signo hecho de tiempo y de espacio y que, como tal, se hace morada. Según la tradición religiosa más auténtica, se llama “morada” a ese punto del tiempo y del espacio, del mundo, donde la historia coincide con el Misterio, donde la historia, tal y como es, manifiesta el Misterio, habla del Misterio. La casa, o para quien tenga vocación monacal, el monasterio... aunque la vocación cristiana es el Bautismo y la tienen todos los bautizados. Así que, para quien tiene vocación cristiana, la casa es la iglesia»²¹.

A Leopardi le faltaba un amigo que le hiciera familiar este camino, que le mostrara la entrada a esta morada. Este es un paso delicado e importante. En Leopardi el grito existe y permanece. Lo que le faltó fue el encuentro con un amigo que le indicara, que le testimoniara la verdad histórica y presente de la Encarnación. Aunque la última estrofa de *A su dama*, como hemos visto, expresa el deseo (negando paradójicamente la posibilidad de su realización) de un Dios que se encarne para venir a compartir nuestra suerte, y parece escrita con cierto prejuicio ante el evangelio («el Verbo se hizo carne, y habita entre nosotros»). Resuena en nuestra mente la cita del prólogo del evangelio de san Juan con que don Giussani terminaba el video que hemos visto: «Vino a su casa y los suyos no lo recibieron». Lo que le faltó a Leopardi es por tanto un amigo que le testimoniara «el cristianismo como acontecimiento hoy», que le revelara «ese movimiento de Dios», que «asumió la condición de hombre verdadero», y que sigue presente en el cuerpo de la Iglesia. Cómo fue posible esa “falta” es un misterio, al menos para mí. Aunque hay una anécdota que me contaba mi amigo Mario Elisei, un momento emblemático en la vida de Leopardi a este respecto, que también quiero citar y que sucedió en vísperas de su muerte. «Era la fiesta de san Antonio, onomástica de Ranieri, y después de cenar los dos amigos se quedaron sentados en el balcón, bajo un cielo estrellado de verano, donde oían el eco del rumor de la calle. Fue entonces cuando, después de algunos comentarios sobre el indigno comportamiento de ciertos curas y frailes aprovechándose de la credulidad humana, Leopardi saltó de pronto: ¿acaso no es terrible que Leibniz, Newton, Colón, Petrarca, Tasso tuvieran fe en la religión cristiana y nosotros no podamos hallar consuelo alguno en las doctrinas de la Iglesia? Ranieri contestó: seguro que sería mejor poder creer, pero si no podemos creer porque a la fe le repugna la razón, ¿qué culpa tenemos? Y Leopardi: ¿pero por qué la razón de Leibniz, Newton y Colón no era tan repugnante como la nuestra?»²². Me parece una cuestión muy relevante que dejó para los historiadores de la literatura porque no es mi campo.

En todo caso, no cabe duda de que Leopardi fue amigo de Giussani y también mío y de muchos de nosotros. Amigo, compañero de un tramo de camino, pero no de forma

²⁰ G. Leopardi, *Cara beltà...*, op. cit., pp. 26-27.

²¹ L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 165.

²² M. Elisei, *Il no disperato*, Liberilibri, Macerata 2018, pp. 48-49.

acrítica. De hecho, dirá Giussani años después hablando de su experiencia “juvenil” estudiando apasionado a Leopardi: «Cuando leía a Leopardi en tercero –lo leí durante todo el mes de mayo, ¡sin estudiar nada más!– no era amigo mío. Representaba mucho mejor todo lo que yo era capaz de hacer o sentir, pero no era amigo mío. Era una autoridad estática, fuera de mí. Cuando en primero de liceo empecé a entender ciertas cosas, Leopardi me enseñaba. Me daba las razones de su ser melancólico y en esas razones yo descubría que no era justo, que sus razones no eran exactas, porque olvidaba ciertas cosas. Entonces debería haberme sentido opuesto a él, pero no solo no me oponía, sino que me daba pena, y se hizo amigo mío. Se convirtió en mi amigo. Uno se hace amigo en la medida en que lo interiorizas, es decir, comprendes las razones de por qué te representa. Cuando empiezas a entender las razones y empiezas a ser crítico con ellas –es decir, a entenderlas mejor o a captar sus límites– entonces esa autoridad empieza a hacerse amiga»²³.

Leopardi, leído por Giussani, se nos hace querido porque nos ayuda a reconocer y a que prevalezca en nosotros la positividad estructural de una cierta «sublimidad del sentir», como lo definía el propio Giussani, que es la descripción de esa actitud humana, esa exaltación de nuestro sentido religioso que es fundamental para reconocer a Cristo allí donde tiene su «morada», es decir, donde se le puede encontrar hoy. Nos ayudó a mantener la pregunta a la que la fe ofrece en cada instante una respuesta dramática [porque nunca se nos quita el drama, cualquiera de nosotros podría decirlo pensando en su propia vida], sugiriendo siempre una respuesta. En ese sentido, Giussani nos enseñó a vivir como Leopardi. En cierto modo, como alguno de nosotros dijo una vez –exagerando un poco pero no demasiado–, «si Leopardi no hubiera existido, tampoco habría existido el movimiento».

Gracias.

²³ L. Giussani, «Tu» (*o dell'amicizia*), BUR, Milán 1997, pp. 35-36.